

## LOS REMEDIOS DEL GENERAL ASPIRINA.

Por Rafael García Granados.

---

No es común que los gobiernos de los Estados caigan en manos de hombres cultos. Por el contrario, y por desgracia, la política de nuestro país suele andar a la greña con la cultura. El Estado de Jalisco, en este aspecto, ha sido uno de los peor librados en los últimos años, ya que sus gobernantes, no sólo han sido incultos, sino enemigos de la cultura, a la que han atacado y tratado de destruir en su cuna misma: la Universidad.

En 1933, el tristemente célebre Rector de La Universidad de Guadalajara, don Enrique Díaz de León, propuso en el Congreso de Universidades, organizado por Lombardo Toledano, que la libertad de pensamiento fuera desterrada de la educación superior, mediante la adopción forzosa del sectarismo marxista en todas las universidades del país.

Hace precisamente cinco años en estos días, aquella Universidad se reveló en masa contra el dogmatismo marxista de su rector y del Gobernador Allende que la clausuró, no sin dejar previamente - un saldo de muertos y heridos de ambos sexos, primeros mártires de la libertad de pensamiento entre la juventud tapatía. El movimiento terminó con una componenda que consistió en la salida de Díaz de León, y el resurgimiento de una Universidad semi-autónoma, en cuya dirección tenían ingerencia tanto los estudiantes cuanto el inculto Gobierno del Estado.

Un año más tarde, el fatídico Allende, en un arranque de ser-

vilismo para la consigna del Presidente Calles, clausuró por segunda vez la Universidad y entregó sus edificios a unos institutos socialistas, de nueva creación, mal llamados de Altos Estudios.

En febrero de 1935 los universitarios atropellados se presentaron ante el nuevo Gobernador Everardo Topete - el de los proverbiales topetazos - con un pliego de peticiones que fué inmediatamente contestado con el elocuente tableteo de las ametralladoras. Tan convincentes argumentos congregaron a treinta mil personas entre estudiantes y pueblo, de todas las clases sociales, quienes, ametrallados una vez más, dejaron un saldo considerable de muertos, heridos y encarcelados. La solución del conflicto cristalizó mediante la autorización, por parte de los gobernantes, para que los partidarios de la libertad de pensamiento fundaran una Universidad Autónoma a la cual no se le facilitarían edificios, subsidio, ni ayuda alguna. Pensaron los sectarios que con éste habían dado un golpe de muerte a los ilusos estudiantes, porque no contaban con la abnegación de todos - los elementos universitarios, ni con la simpatía de la sociedad, que organizó festividades y colectas para reunir los fondos indispensables con qué instalar y pagar la renta de los nuevos edificios. El profesorado unánimemente, desde el rector hasta el último preparador, renunció a sus honorarios; los químicos, farmacéuticos y biólogos, - facilitaron gratuitamente sus laboratorios; los médicos, sus sanatorios; y así sucesivamente. La ruindad de las autoridades llegó hasta el extremo de negar a la Facultad de Medicina cadáveres del Hospital Civil para las prácticas de los estudiantes, obligándola a llevarlos refrigerados desde la Ciudad de Méjico.

A pesar de tan encarnizada persecución, la Universidad Autónoma de Guadalajara no sólo logró vivir sino que fundó un Centro de Acción Social para atender a los obreros, una Policlínica, un Centro de Ma-

ternidad, otro de Transfusión y Donación de Sangre, una Oficina de Higiene Infantil obrero-campesina, un Gabinete Dental, un Bufete - Estudiantil y otros organismos gratuitos semejantes.

El Gobernador Topete, que todo lo hace con la cabeza, reanudó con nuevo brío sus topetazos: asaltos a mano armada a las Facultades; destrucción de archivos y muebles; consigna a los jueces de fallar en contra los expedientes patrocinados por los profesores abogados; destitución de sus empleos a los profesores ingenieros; multas sin ton ni son a los profesores médicos etc. etc.

Para dar validez legal a sus estudios, la Universidad de Guadalajara honró a la de Méjico al solicitar su incorporación, que le fué desde luego concedida, en los tiempos en que el caballero y abnegado Dr. Don Fernando Ocaranza ocupaba la Rectoría. Desde entonces la Universidad de Guadalajara y la Escuela de Iniciación Universitaria de la de Méjico, son los símbolos abanderados de la libertad de pensamiento de que se enorgullece, y con justicia, la Universidad Nacional de Méjico.

A últimas fechas Topete y el topetismo han desviado sus topetazos en dirección del Consejo Universitario de Méjico donde han encontrado, entre los llamados elementos de izquierda, una ayuda entusiasta para combatir la autonomía y la libertad de cátedra. El Dr. González Guzmán, en pleno Consejo Universitario, lanzó una catilinaria contra la Universidad mártir de Guadalajara, acusándola de irregularidades, reales o supuestas, entre las que figuran la escasez y falta de frescura de los cadáveres que con tanto sacrificio se llevan desde Méjico y la deficiencia de los laboratorios instalados con penosos esfuerzos o facilitados gratuitamente por los profesionistas abnegados. Y, ¡azórese el lector!, basados en estas deficiencias que

son hijas del martirio que la Universidad tapatía está sufriendo en aras de la libertad de cátedra, se pretende nada menos que retirarle la incorporación. Tan monstruosa terapéutica recuerda la anécdota histórica del General revolucionario que le quitó el dolor de cabeza a un infeliz con un balazo en la misma. Si existen las irregularidades denunciadas por el Dr. González Guzmán y los topetistas, que se corrijan en buena hora, pero que no se premien los sacrificios y los esfuerzos de los mártires de la libertad, de capitándolos. Que piensen los universitarios de Méjico que, a medida que vaya desapareciendo la libertad de cátedra en los Estados, más fácil será acabar con ella en Méjico. Que cuando se trata de inspeccionar presuntas irregularidades, no comisionen a quien ya prejuzgó, como acaban de hacerlo con el Dr. González Guzmán, único médico que fué a Guadalajara a contar y oler los cadáveres de maras. Que recuerden que si los profesores de Méjico no trabajan gratuitamente como los de Guadalajara, tampoco están vendidos por sus honorarios, ya que ganan menos que un albañil, y sabrán, llegado el caso, defender la libertad de cátedra en Guadalajara como lo han hecho en la Escuela de Extensión Universitaria.